

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Este fin de semana me quedé absolutamente sola. Los niños se fueron con su papá. Y me sigo sorprendiendo de lo diferente que son las cosas si una tiene marido e hijos o si no. O sea, cómo es de distinta la vida cotidiana de las mujeres solas.

Una de las cosas que me llaman la atención es *la comida*. La comida, no como asunto puramente biológico, sino como una costumbre humana. Me he fijado que muchas mujeres —de la clase media— que viven solas, comen muy mal. O no comen, casi.

Ayer, sábado, me dio hambre como a las cuatro de la tarde. Afortunadamente había cosas en el refrigerador. Arroz, albóndigas y coliflor. Saqué los tres *topeveres* y tuve que sacar tres ollitas diferentes para calentar las cosas. Mi cocina estaba impecable, y estuve tentada a *no comer* porque pensé que iba a tener que lavar tres ollas, tres *topeveres* y dos o tres platos y cubiertos y poner la mesa y quitar la mesa. Y eso que no tenía que guisar.

Mi mamá dice que qué flojera le da cocinar sólo para ella. A mi amiga Eva ya hasta le gustan los frijolititos fríos, del refrigerador. Mi amiga Susi estaba comiéndose sólo unos cornflakes un día que llegué, a las tres de la tarde, a visitarla de improviso. Hoy, domingo, yo comí, entre desayuno y comida, dos kilos de mangos, un pedazo de queso y un litro de café.

Cuando se tienen niños, una se siente en la obliga-

ción de hacerles de comer y de comer con ellos. Sobre todo, para que ellos coman. Entonces tiene sentido ir al super, cocinar, trabajar.

Los días que tengo visitas, qué felicidad guisar, guisar bien, cosas deliciosas. Cuando estoy en casa de mis amigas o de mis hermanas, qué placer cocinar entre todas, todas *chefs* y todas galopinas, decidir qué haremos, poner la mesa, comer. Lavar los trastes entre perversos chismes, rollos profundísimos y bromas. Qué placer burlarnos de qué lenta es ésta para lavar o mira Marcela cómo les está sacando filo a las cucharas o ahí les dejo ese sartén porque yo ni madres que lo lavo y el consenso final, sí, dejémoslo remojando.

Pero, guisar sola y comer sola. . . Por un lado, las mujeres somos esencialmente madres, desde chicas, tengamos hijos o no. Debemos cuidar y alimentar a los otros. Pero, ¿hasta dónde sabemos cuidarnos y alimentarnos a nosotras mismas? Incluso, cuando hay otros, ¿quién se come el peor pedazo de carne, o quién se queda sin comer cuando no alcanza? ¿Quién, legendariamente, se priva del bocado para que los niños coman? Es como si hubiéramos aprendido que no importa si comemos o no, si comemos bien o mal. Lo importante es que los niños se nutran bien. Y lo importante es la mejor pieza de pollo para El Señor.

Y nosotras, las sacrificadas, cuando estamos solas, sentimos que no vale la pena tanto trabajo. Y bueno, también, ¡Qué ganas de librarnos de ese trabajo!

Comer sola. El alimento que yo necesito, y que mi madre y mis amigas dicen necesitar es algo humano. Es la chorcha entre la sopa y el arroz, es el encuentro en los frijoles y en la bolsa de pan dulce. Es el ritual compartido de pásame la sal.

Qué difícil acostumbrarse a que una, sola, se merece ese trabajo y esos cuidados. Qué difícil acostumbrarse a que una no tiene 'madre' que la cuide, que la alimente, que le guise, que le insista en que tiene que comer bien. Bendito sea Dios que entre semana tengo mi muchacha que me funciona como esa madre nutricia.

Y bueno, quedarse en pijama todo el domingo, leer, escribir, oír Nabuco a todo volumen y comer puros mangos, no está tan mal. Se me hace que hoy fuí, para mí misma, una buena madre, aliviada y consentidora. *fm*

